

sia que trazaron el cuadro de las costumbres romanas, sino tambien para enseñar al viajero espantado, que no han dicho, ni han podido decirlo todo. En presencia de estos irrecusables testigos, el cristiano bendice con toda la efusion de su corazon al Dios cuya infinita misericordia ha renovado la faz de la tierra, y añade adorando su temible justicia: Si las artes, la religion, los espectáculos, las costumbres generales son la expresion de una época, de un pueblo y de una ciudad, Herculano y Pompeya merecian el horrible castigo que las anonadó.

24 DE FEBRERO.

El Vesubio.—Resina.—La Crinita.—Recuerdo de Spartaco y de Plinio.—Llegada á la cima del Vesubio.—Descenso al cráter.—Fertilidad de los terrenos volcánicos.—Herculano.—Portici.—El Corrícolo.

Para completar la útil leccion que dan Herculano y Pompeya, nos quedaba por visitar el Vesubio, temible agente de la justicia de Dios, que destruyó á causa de sus iniquidades, y que conserva para instrucción de las razas futuras, á las ciudades culpables. Salimos á buena hora por el camino de fierro de Castellamare, y en veinte minutos estuvimos en Resina, pequeña aldea desde la cual se sube al Vesubio; se dirige uno para tener guías á los hermanos *salvatori*. Esta familia, cuyo solo nombre inspira confianza, goza de padres á hijos el privilegio de acompañar á los viajeros á la visita de la terrible montaña; ella lo divide con otras siete familias á quienes se hace aprender gratuitamente la lengua francesa. Ajustadas las condiciones, tomamos un frugal almuerzo durante el cual se prepararon los asnos y las mulas que debian servirnos de cabalgadura; cada uno de nosotros compró el baston

de rigor y la caravana partió. A su cabeza marchaba el guía, en el centro y á la retaguardia venia un grupo de quince á veinte lazzaroni de diferentes estaturas. Unos conducian nuestras cabalgaduras por la brida, otros las tenian por el cabestro y venian á cuidarlas al pié del Vesubio: aquellos llevaban canastas de naranjas y algunas botellas de *lacryma Christi*. Muchos adoradores del *farniente* nos seguian sin otra funcion conocida que divertir á nuestras excelencias con sus pantomimas y sus graciosas ocurrencias, pero en realidad trataban de probarnos á cada momento por indicaciones artísticas, históricas, mineralógicas, la grande utilidad de su presencia y la obligacion sagrada de reconocer sus importantes servicios con algunas monedas.

A una media legua de Resina, se deja la bella vegetacion, los plantíos de viñas, de olivos, las blancas vilas, con sus cercados de naranjos. La pendiente se hace más rápida; y un camino pedregoso, difícil, serpenteando entre enormes capas de lava, conduce á una soledad espantosa. Allí comienza una naturaleza triste y muerta á la cual la vista de pequeños pedazos de terreno escarpado, á la destruccion, añade más tristeza todavía. Bien pronto se llega á las capas de lava negras, calcinadas, vitrificadas que cubre la base del Vesubio, cuyo cono negruzco, semejante á la chimenea de una inmensa máquina de vapor, se lanza á los aires á una altura de 1,300 piés sobre el nivel del mar. Sin embargo, en medio de aquel desierto se encuentra un oasis; este es la *Ermita*, llamada tambien *hotel de los Tres Olmos*. La Ermita es una casita en la cual reside un sacerdote con muchos carabineros. El padre Tomás á quien estábamos recomendados por uno de nuestros amigos, estaba por desgracia ausente, y los honores del lugar nos fueron hechos por un criado inteligente aunque

un poco charlatan. Desde la azotea el golpe de vista es encantador, es el panorama napolitano tomado desde el punto de vista opuesto á los Camaldulenses.

Ademas, dos recuerdos trágicos vienen á llenar con su sombra el cuadro. Hacia el año de Roma 680, un esclavo nacido en la Trácia, estaba encerrado en Cápua con tres ó cuatro mil desgraciados destinados como él á los sangrientos juegos del Anfiteatro. Una noche forza su prision, gana el campo y se ve bien pronto á la cabeza de una pequeña tropa de esclavos fugitivos; de montaña en montaña llega á la vertiente del Vesubio. Lleno de audacia y de valor, dotado de una fuerza de alma que los malos tratamientos de la servidumbre han duplicado, Espartaco dirige á sus compañeros las enérgicas palabras que la historia ha recogido y que parecen todavía repetir los ecos del volcan: "Desechos del mundo, sin nombre, sin patria, sin familia, condenados á recrear á nuestros señores con espectáculos bárbaros ó á alimentar su molicie á precio de nuestros sudores; tratados por ellos como viles animales, el látigo sangriento, el fierro candente, la cruz, son el precio de nuestros servicios; hé aquí lo que somos. Depende de nosotros cambiar nuestra suerte; tenemos la fuerza el número y el derecho, sepamos combatir y el destino será nuestro." A estas palabras extiende las manos hácia el cielo y hácia el mar: sus compañeros las levantan sobre sus escudos, y ocho dias despues cuarenta mil esclavos, formados en batalla, baten á los pretores y á los cónsules y hacen temblar á la gran Roma; pero la hora de la libertad no habia sonado todavía para el mundo. Cinco años despues Espartaco, derrotado por Craso, venia á morir casi en el mismo lugar en que habia levantado el estandarte de la emancipacion.

Quando desde la altura de la misma azo-

tea se llevan las miradas del lado de Stabia, se cree percibir á través de una lluvia de cenizas el fatal sudario en el cual se hizo tender Plinio el anciano, sufocado por el humo del volcan, despues de haber pedido dos vasos de agua fresca. Se cree sentir todavía el olor del azufre que anunciaba la columna de aire abrasada, luego se cree ver la llama que seguia, y muy pronto se distingue el cuerpo inanimado del gran naturalista, muerto en aquellos lugares por amor á la ciencia, como Espartaco por amor á la libertad.

Aunque poco consolador, este último recuerdo no nos impidió seguir nuestra peligrosa ascension. Es cierto que el cielo estaba en calma y el Vesubio perfectamente inofensivo. Si nada teniamos que temer del volcan, parece que sí debiamos temer á los *sgrazzatori* (bandidos). Al dejar la Ermita, nuestra pequeña tropa fué escoltada por dos carabineros de seguridad. Su Majestad Napolitana los mantiene en aquel puesto aislado para acompañar á los viajeros á quienes, sin esto, se les podria robar y hasta asesinar al pié del Vesubio sin que un oido humano oyese sus gritos de angustia. Por un estrecho sendero se baja á una profunda barranca que protege la Ermita contra las erupciones del volcan; luego se eleva uno sobre enormes capas de lava y se llega en poco tiempo á la base de la montaña. A la izquierda se levanta un cono llamado *Cono de Gotrey*, del nombre de un francés que se precipitó en él voluntariamente y cuyo cadáver vomitó el Vesubio dos dias despues. Allí es preciso echar pié á tierra; las bestias de carga no pueden ir más lejos; toca ahora á los viajeros subir armados de un baston el flanco escarpado de la montaña. Quando llegamos á cierta altura, nos sentamos para respirar y gozar de un espectáculo que no carecia de interes.

Aunque lo he deseado muchas veces, nunca he visto el gran desierto de Shara, ni la caravana asiática ó africana vivaqueando en medio de ardientes arenas, ni al Arabe vagabundo rodeando aquellas vastas soledades para robar al viajero extraviado. A falta de la realidad, yo tenía à la vista una representación de ella, bastante palpable. Al pié de la montaña estacionaban, atados á unos postes con cabestros, cuarenta cabalgaduras, asnos, caballos ó mulas. Treinta lazzorini, viva imágen de los negros, domésticos obligados de la caravana oriental, guardaban nuestras béstias de carga y algunos bagajes. A nuestro alrededor una soledad no ménos completa que la del desierto; á falta de una llanura de arena, teníamos á nuestros piés una llanura de cenizas y de lavas. Los Beduinos tampoco faltaban, porque es costumbre que entre los oficiosos criados de que vais acompañado se encuentre siempre algun ladrón. En fin, si la caravana del desierto está protegida por soldados de larga carabina que les atraviesa la espalda, nosotros teníamos la misma ventaja.

Miéntras yo deliraba en mi vision africana, los que se habian quedado atrás se reunieron con el cuerpo de ejército y se siguió escalando la difícil montaña; el Vesubio presentaba entónces un fenómeno notable. Así como esos viejos de que hablan á menudo los moralistas, que á pesar de sus canas llevan en su pecho un corazón que hierven las pasiones, así el viejo volcan ocultaba sus entrañas de fuego bajo una superficie cubierta de una nieve helada; ántes de las doce estábamos en el término de nuestra ascension. La cima del Vesubio forma una llanura circular de un cuarto de legua de diámetro.

De la espesa capa de cenizas calientes sobre la cual andais, se escapan de trecho en trecho ardientes respiraderos en los

cuales es imposible tener puesta la mano. Acá y acullà algunas lavas blanquizas semejantes á huesos extendidos en una hoguera funeraria, numerosos accidentes de terreno con partes calientes, color de teja, de donde sale incesantemente un aire inflamado; por todas partes la imágen de la destruccion y de la muerte; tal es el espectáculo que toca las miradas del viajero. Dimos la vuelta á la llanura sin detenernos, porque los piés nos ardan, el olor del azufre nos afectaba la garganta y el humo del cráter nos hacia llorarlos ojos. Al llegar al punto del Vesubio que mira á Pompeya nos detuvimos delante de un respiradero semejante à la boca de una hornaza llena de vidrio en fusion; nos ocurrió la idea de sumergir allí nuestros bastones y siempre los retirábamos quemándose. Cartas y papeles, esquelas, todo lo que poniamos ardia al punto en nuestras manos. Ved en esto la temeridad humana. La corteza ardiente que resonaba bajo nuestros pasos nos separaba apénas algunos piés de un abismo de fuego. ¿Qué era necesario para entreabrir aquella frágil corteza y sepultarnos en ella? un ligero sacudimiento de la tierra, un poco de aire comprimido; ¡y nosotros ni pensábamos en ello!

En el centro de la llanura se abre el cráter; este es un abismo cortado en forma de embudo que puede tener 200 piés de profundidad y otros tantos de anchura. Las paredes abiertas, cubiertas de cenizas, de azufre y de cinábrio, presentan un aspecto que causa la vista y aterroriza el alma. La visita al Vesubio no seria completa si no se bajara al fondo del cráter. Consultamos al guía sobre esto y opuso algunas dificultades á nuestros deseos; sin embargo, nos aseguró que estando el tiempo en calma nada teníamos que temer, y siguiendo sus pasos, empezamos la aventurada excursion. Apoyados en nuestros lar-

gos bastones, bajamos en zigzag por el flanco meridional del abismo ardiente y despues de diez minutos de una marcha penosa, estuvimos á algunos pasos de la *chimenea*. En el centro del abismo está una ancha abertura de la cual se levanta noche y dia una vasta columna de humo blanquizo saturado de cloro y de azufre. En el seno de la tierra se oye como el ruido intermitente de un gran soplete de fragua ó el juego perfectamente isócrono de una bomba de doble émbolo. A cada golpe de émbolo se lanza el humo en borbotones de 15 á 20 piés de elevacion. Las materias ígneas vomitadas por el cráter se enfrían al contacto de la atmósfera y vuelven á caer á sus orillas; luego al acumularse forman alrededor del orificio un cono elevado algunos metros, al cual se le llama *chimenea*.

Hacia tiempo que contemplábamos con una curiosidad mezclada de terror aquel respiradero del infierno cuando un golpe de viento llevó sobre nosotros la columna de humo. Uno de nuestros compañeros se cree sufocado; cae, sus miembros se entiesan, sus ojos se inyectan de sangre, la respiracion no puede ser más penosa. Todos se apresuran á levantarle, á alejarle y á llevarle al flanco del cráter; bien pronto recobra el sentido, pero el temor de un nuevo accidente nos obliga á dejar prontamente aquel lugar. Además, habiamos visto todo lo que se puede ver. Penetrado de un doble sentimiento de gratitud y espanto, volvimos al plano y dejándonos resbalar por un abismo de lava cubierta de un pié de ceniza, llegamos abajo del Vesubio sin accidente en nuestras personas, pero con un irreparable perjuicio en nuestros calzados. Quemados y desgarrados como estaban no hubieran podido conducirnos decentemente á Nápoles, si hubiéramos tenido que hacer el camino á pié. Felizmente nuestras fieles cabalgaduras

nos esperaban en la basa de la montaña; con ellas volvimos á pasar á la Ermita en donde quedaron nuestros carabineros, y dos horas despues ya estábamos de vuelta en Resina.

A pesar del justo espanto que inspira el Vesubio, á pesar de las desolaciones que ha hecho tantos siglos, no puede uno dejar, al visitarlo, de rendir homenaje á sus beneficios. La ceniza con que inunda los costados y llanuras vecinas es de tal modo fértil que la poblacion se eleva á cinco mil almas por legua cuadrada en el radio que riega. Además de la vista que es deliciosa, allí tiene buen éxito toda especie de cultivo y crecen árboles de todo género. Los trigos dan ocho y diez por uno, y segun la costumbre de los Romanos, la tierra labrada sin retardo para recibir semillas de otra especie. Los árboles guardan la viña y dan frutos; se recogen las hojas en otoño para alimentar á las béstias durante el invierno; entre las hileras de olmos crecen melones, que se venden ántes de sembrar el trigo. Despues de la cosecha del trigo, se vuelve la azada al rastrojo, para sembrar allí habas ó trébol. Durante seis meses van los niños todas las mañanas á cortar con una hoz una carga para alimentar á las vacas. En la primavera se planta el maíz sobre el rastrojo de las habas ó de las legumbres; se abonan entónces las tierras y este es un dia de fiesta en los campos. Apénas se acaba aquella cosecha cuando se vuelve á mover la tierra para sembrar trigo, y despues del trigo legumbres de diferentes especies. Así, las tierras producen en abundancia vino y frutos, granos y legumbres para el hombre; hojas y yerbas para los animales. A pesar de esto el colono es pobre en general, sobre todo cuando hay una mala cosecha.

La miseria es por todas partes en el campo compañera de la fecundidad del

suelo, porque atrae y aumenta de tal modo la poblacion, que el suelo subdividido hasta el infinito cesa muy pronto de poder mantener él solo los brazos que ha multiplicado demasiado. «Para juzgar de ello basta saber que estas tierras volcánicas alimentan una familia de cinco personas con la tercera parte del producto de cinco fanegas; no se puede encontrar sino en las Indias ejemplo semejante de tal riqueza y de tan gran poblacion.»¹ Tantas producciones no agotan la fecundidad del suelo. Las cenizas del Vesubio añaden á las legumbres, á las sandías, á las mejores naranjas de Europa con las de Portugal, el *lacryma Christi*, excelente vino cuyo nombre un poco triste ha inspirado estos bonitos versos al poeta italiano Chiabrera:

Chia fu de' contadini il si indiacreto,
Chia s'bigotter, la gente
Diede nome dolente
Al vin, che sovra gli altri il cuor fa lieto?
Lacrime dunque apellerassi un riso,
Porto di nobilissima vendemmia?

No se puede dejar á Resina sin visitar á Herculano, sepultado bajo la lava á 60 piés de profundidad. Al resplandor de lan antorchas recorrimos las partes ya despejadas; el primer monumento que se encuentra es el teatro, que pasa por el mejor conservado que tenemos. Pero Dion Cassio parece haberse engañado cuando avanza que los habitantes fueron sorprendidos por la erupcion, en medio de una pieza de comedia; el pequeño número de esqueletos hallados en el teatro parece atestiguar lo contrario. Como quiera que sea, las proporciones del edificio, el alineamiento de las calles, el número de los papiros dan á conocer que Herculano era una grande y hermosa ciudad, así como los frescos y los otros objetos de lujo y de religion, establecen desgraciadamente que mereció la suerte de Pompeya, de cuyas

¹ Lullin de Chateaufieux. *Cartas sobre la Italia*, p. 250.

iniquidades participaba. Cerca de Herculano brilla la residencia real de Portici, cuyo patio de honor está atravesado por el gran camino de Salerno y de las dos Calábrias; no molestar ni impedir el tránsito público y sacrificar el reposo privado á la felicidad de las comunicaciones, es un sentimiento fraternal que honrará siempre al rey Carlos III. La elegancia de los pórticos, la belleza de las pinturas merecen la atención del viajero. Después de haber dado un golpe de vista á aquellas riquezas, verdaderos tesoros que en todas partes no dejarán serlo, entramos á Nápoles, no sin admirar los numerosos *corricolo* que surcaban el camino de anchas losas.

El *corricolo* es el coche napolitano por excelencia. Habitantes de la ciudad y del campo, lazzaroni y no lazzaroni, militares y artesanos, hombres y mujeres, todos parecen subir á él con igual dicha. Por su forma se parece á nuestros guallines de las inmediaciones de Paris; pero lo que á nada se parece es el modo con que se colocan en él los viajeros en número de diez, de doce y hasta de catorce. Están en todas partes, adentro, afuera, detrás, encima, debajo, en pié, sentados, acostados, acurrucados, riendo, cantando, hablando y sobre todo gesticulando con ese talento mímico tan vivo y tan variado que permite á los Napolitanos mantener la conversacion sin pronunciar una sola palabra y sin ser comprendidos por los extranjeros. Cuando el *corricolo*, adornado con aquella sociedad de pintorescos trajes, pasa rápidamente delante de vos, no se sabe si se ven sombras chinescas ó un coche con máscaras.

25 DE FEBRERO.

El Hospicio de los pobres.—Carlos III.—Benedicto XIV.—El padre Rocco.—Caridad napolitana con los niños abandonados.—Ponti.—Rossi.—San Januario de los pobres.—Catacumbas.—Colegio chino.—Gesú Viejo (Antiguo Jesus).—Cuerpos de San Crisanto y de Santa Daría.—La vestal mártir.—Piedad napolitana.—Costumbres públicas.—Anécdota.

Habíamos acabado con el mundo pagano, antiguo habitante de Parthenope y de sus encantadas orillas; sus monumentos de todo género nos eran conocidos y los habíamos sorprendido en los impuros secretos de su vida religiosa, pública y privada. El terrible volcan de que Dios se habia servido para ejercer su justa venganza habia recibido nuestra visita; nos quedaba por estudiar al pueblo nuevo, hijo y sucesor del pueblo que ya no existe. Nápoles convertida en cristiana, manifiesta su fe por sus monumentos, sus instituciones, sus leyes y sus costumbres. No hablemos de sus trescientas iglesias, pasemos á sus establecimientos de caridad.

El *Albergo reale de Poveri* (Hospicio real de los Pobres) fué el primer objeto de nuestra curiosidad. Para dirigirnos á él seguimos la gran calle de *Toledo*; los *Studj* se encontraban á dos pasos: entramos á ella para ver la biblioteca. Esta posee un gran número de ediciones *princeps* y cerca de tres mil manuscritos muy antiguos. El más precioso de todos es el célebre autógrafo de Santo Tomás de Aquino que contiene la exposicion del tratado de San Dionisio Areopagita, *De Caelesti Hierarchia*. En otro tiempo se le conservaba religiosamente en el convento de Santo Domingo; allí se le traslada todavía cada año para exponerlo á la veneracion de los fieles el dia de la fiesta del santo doctor.

No léjos del *Studj*, incomparable museo

de antigüedades paganas, Nápoles enseña con su justo orgullo el hospicio de los pobres, uno de los tres hospicios más grandes de la Europa. Un rey, un papa, un santo trabajaron de concierto en la fundacion de este magnífico hotel de la miseria; el rey Carlos III; el Papa Benedicto XIV, y el siervo de Dios, el padre Rocco, tan célebre en Nápoles por su elocuencia como por su caridad. Aliviar las enfermedades corporales y espirituales de los pobres, tal era el pensamiento que animaba á los tres fundadores. La inscripcion grabada en letras de oro en la fachada principal del edificio,

REGIUM TOTIUS REGNI PAUPERUM HOSPITIUM,
resume el pensamiento creador que la carta del jóven rey desarrolla todo entero.

«El celo, dice el excelente monarca, que nos anima para asegurar la felicidad de este reino, no nos permite ya mirar con ojos indiferentes todos los desórdenes producidos por la gran cantidad de pobres que obstruyen esta populosa ciudad. Aunque entre todos estos indigentes haya ancianos, cojos, ciegos, incapaces de trabajar, lo que nos mueve á una profunda piedad es que hay algunos en gran número que viven en la ociosidad; estos hombres son robustos y tenaces en profesar el estado de mendigos, para llevar á propósito una vida ociosa y libertina. Hay tambien huérfanos que se habitúan á mendigar sin ninguna educacion cristiana, sin aprender ningún oficio, y llegan á ser no solo seres inútiles, sino verdaderos malvados, perjudiciales á la sociedad. En consecuencia, por una justa conmiseracion hácia los primeros, y por el deber que tenemos de reformar á los otros, hemos resuelto fundar en esta capital un hospicio general de pobres de todos sexos y edades, é introducir en él las artes más útiles y necesarias, á fin de que tal obra sea agradable á los ojos de